

**Gerardo Guinea Diez**

## **Guatemala, la prótesis institucional**

Poeta y novelista guatemalteco

[gguinea10@gmail.com](mailto:gguinea10@gmail.com)

Como nunca en treinta años de democracia, había ocurrido un proceso tan atípico y cuestionado desde todos los sectores del país. La fuerza del movimiento ciudadano, sin duda, incidió en los resultados de las pasadas elecciones. Pero, los motivos de fondo, siguen presentes. Es decir, clientelismo electoral, acarreo, financiamiento de origen opaco, ausencia de programas de gobierno. Se cumplieron los plazos y la ley. Se preservó la institucionalidad y se resguardó, según quienes defendieron a capa y espada la idea de asistir a las urnas, el espíritu constitucional; en otras palabras, operó la prótesis institucional, no así, las reformas planteadas por múltiples sectores. Por otra parte, en Guatemala casi no existen partidos políticos en el sentido que lo define la ciencia política. Éstos no tienen estructuras partidarias claras, ni cuadros ni militantes con la mística en torno a un proyecto nacional. Más bien, los partidos son agencias de empleos y maquinarias que se aceitan cada cuatro años.

Los escenarios políticos continúan igual de confusos que en épocas anteriores y las señales sobre la dirección y el rumbo de la democracia parecen seguir un camino equívoco y lleno de contradicciones. Los errores en la conducción del Estado de las administraciones anteriores no son precisamente imputables sólo a las fallas, incapacidades o corrupción, aún cuando éstas sean evidentes e irrefutables. Lo que sucede es que dos cosas no terminan de funcionar: la clase política y el Estado mismo. Es decir, la transición rebasó la estructura política en la que se asienta el país. Así, la nueva sociedad civil, surgida en los últimos años, los acuerdos políticos

emergentes, los novedosos tejidos sociales de la posguerra, entre otros, no logran encajar del todo en un aparato político precario, electorero y sin vinculación con la población.

Esa disfuncionalidad llega a ser estructural y se manifiesta en la incapacidad de establecer reglas y pactos durables. En ese sentido, los actores políticos se muestran incapaces de interpretar la complejidad del país. Peor aún, los grupos políticos emergentes presentan síntomas de poca madurez y escasa capacidad de negociar, porque, entre otras cosas, no se han despojado de la visión catastrófica e “irremediable de la crisis”, girando en torno a su recurrente tremendismo y un estado de ánimo desencantado.

Tres características se pueden apuntar en esta coyuntura: el país avanza en diferentes direcciones, tiempos y velocidades. La antigua clase política se conduce con la lógica de control del poder: ganar elecciones, poner un parche por acá, otro por allá, ignorando al país que nació a lo largo y después de la guerra. Esa vieja clase política monopoliza grandes cuotas de poder en el Congreso de la República, en el Ejecutivo y en el Organismo Judicial. Son precisamente éstos los responsables de la siguiente paradoja: el viejo sistema que no termina de morir y el nuevo que no termina de nacer. A ello habría que agregar el soporte ideológico de éstos que se fundamenta en el tradicional anticomunismo, ahora disfrazado de corrección política.

Por otra parte, la izquierda y la diversidad de expresiones que la conforman sigue dispersa, débil y sin una importante presencia. Si bien tiene alguna organicidad con varios sectores de la población, su capacidad es marginal y precaria, aún cuando posea cierta representación institucional.

Pero volvamos a las direcciones, tiempos y velocidades. En ciertos escenarios es evidente la presencia de claridad sobre lo que hay que hacer; la crítica, el espíritu propositivo, la capacidad de establecer acuerdos mínimos, son algunas de las virtudes destacables. En otros, persisten los viejos vicios del autoritarismo, la maniobra y la componenda. Que no hace más que confirmar que Guatemala es el país de la falta: faltan referentes, valores, y los preceptos más elementales de sociabilidad se han hecho trizas. La masificación de la miseria material y espiritual ha creado una situación que los sociólogos catalogan como anomía. Como sostiene el psicólogo y escritor, Raúl

de la Horra, el sentido de la colectividad y del respeto dentro de la sociedad civil se ha volatilizado. Si no, véanse los índices de homicidios.

La inconsistencia que ocasiona múltiples direcciones y tiempos de cambio –los que desean que el país camine más de prisa y aquéllos que son un verdadero valladar al cambio– provoca la ceguera que impide ver con claridad el problema de fondo: la reformulación y refundación de la república. Porque ahí está el meollo del asunto. El Estado no funciona porque no responde ya a las realidades que emergieron en los últimos años, a las necesidades de los nuevos actores políticos y sociales, a la realidad multicultural, plurilingüe y democrática, a la globalización y a las viejas demandas históricas del pueblo guatemalteco.

El Estado, en su composición actual, es un “Estado a la medida” que durante décadas ejerció la legitimidad y la legalidad desde la persuasión de la represión y el genocidio. Y si bien las reformas y los Acuerdos de Paz posibilitaron el surgimiento de la pluralidad y la tolerancia política, es a todas luces insuficiente frente a desastres como los siguientes: pobreza extrema y hambruna; cientos de miles de campesinos esperan aún una política agraria que resuelva su gravísima precariedad; Guatemala sigue siendo el país donde los salarios son de los más bajos en Latinoamérica y el porcentaje de impuestos es el más bajo de la región.

La ecuación Estado = sociedad civil + sociedad política, vive un innegable trance de caducidad. Sin embargo, esta crisis, recurrente y cíclica, ha tenido la capacidad a lo largo de las últimas décadas de reunir lo que se desmorona, abriendo paso a una ambigüedad que divide todo lo que toca a su paso. He ahí un sello de identidad que determina la fragmentariedad del presente.

La disfuncionalidad es orgánica y estructural porque el modelo y la estructura política se hizo con los viejos actores que impulsaron no la democracia, sino la feudalización del Estado, donde la relación entre democracia y virtudes cívicas de los políticos resultó remota, tortuosa y precaria.

La cara y cruz del sistema político, que pugna aún –a pesar de la indignación ciudadana– por un régimen envejecido, está en las palabras de Pareto: La reinención de los tejidos que vinculan al Estado con la sociedad. Y, en ese esfuerzo sostenido por la ceguera, no logran

siquiera tibias adhesiones, salvo, por supuesto, por el oportunismo de la campaña electoral. En ese sentido, la discursividad se articula en torno a cancioncitas que ofrecen el futuro ya no en abonos sino al contado.

Slavoj Žižek afirma que lo grave no es perder de vista la realidad, sino haber perdido el sentido de la realidad simbólica, tan presente a partir del 25 de abril con las manifestaciones multitudinarias e inéditas en las últimas décadas. En otras palabras, los políticos, desde el 2 de mayo, pretenderán ocupar el lugar de una realidad acontecida por una realidad mediática, donde no existe una escala de valores, sino una de resultados. Como sea, hasta la fecha, los partidos transmiten en una radio de bulbos, cuando una considerable cantidad de ciudadanos debaten, opinan y se indigna a través de las extendidas redes sociales.

Nuestros males –corrupción, impunidad, violencia y hambre, entre otras linduras del patio nacional– sin duda, se asemejan a una eternidad tan pariente del infierno y recuerdan unos versos del poeta Mark Strand: “Donde nada, cuando ocurre, es demasiado terrible”.

El fenómeno de la pobreza extrema en el país se incrementó de manera alarmante en la última década, al grado que más de 100 municipios, a partir del fenómeno de El Niño, reportan población con hambruna. A ello habría que agregar el deterioro del tejido social fruto de las infames condiciones de vida de cientos de miles de personas, que si bien no la padecen, viven en el límite de la sobrevivencia.

En alguna ocasión, Edelberto Torres-Rivas definió a Guatemala como un país de cinco pisos, sin elevadores ni escaleras. Una suerte de sálvese quien pueda donde sólo los que tienen más musculatura logran librarse de ese, para nada esperanzador, destino. En ese sentido, lo anormal se volvió la regla. La poca interiorización de la norma rige nuestras vidas. Hecha la ley, hecha la trampa, reza el dicho. Esa trasposición de sentido es el instrumento de cambio para que pululen deslealtades, rompimientos de pactos, violación a las leyes, escamoteo de responsabilidades y corrupción.

Las estadísticas carecen de argucia retórica. Retratan un país en un pantano. Y ese adjetivo no tiene nada de literario. Desde hace años, más de 250 mil guatemaltecos intentan migrar cada

año en las peores condiciones de seguridad. Es como si se vaciara de pronto una ciudad mediana de provincia. Entre 2013 y 2014, alrededor de 60 mil niños se marcharon, de los cuales un altísimo porcentaje eran guatemaltecos. Al menos en la última década, han asesinado a un poco más de 65 mil ciudadanos. El asesinato de chóferes del transporte público es una tragedia no menos dolorosa.

Según el Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Guatemala (INACIF), en 2014 un niño o adolescente murió cada 16 horas. A ello hay que sumarle las más de 7 mil mujeres asesinadas y los 9 mil ancianos que, según reporta Plaza Pública, murieron de desnutrición en un año. CEPAL estima que la pobreza multidimensional asciende a 70.3 por ciento y los pobres crónicos alcanzan el 50 por ciento, como lo establece el Banco Mundial. El Instituto Nacional de Estadística (INE) de Guatemala reporta que tan sólo en Alta Verapaz la pobreza es de 89.6 por ciento y en Sololá, 84.5 por ciento. Ese es el edificio que metaforiza Torres-Rivas, donde aún se pagan 20 quetzales por una jornada de trabajo en algunas regiones.

Y es cuando cualquiera se pregunta qué hacer ante cifras como las que reporta el Observatorio en Salud Sexual y Reproductiva: en 2014 se registraron más de 76 mil embarazos de mujeres entre lo 10 y los 19 años. Por supuesto, la mayoría en precarias condiciones y producto de una violación. Asimismo, la ONU estima que este año se casarán 550 mil menores antes de cumplir los 18 años. Por otra parte, la BBC afirmó que más de medio millón de guatemaltecos se encuentran en emergencia por falta de alimentos, debido a la prolongada canícula. En las montañas de Zacapa, Chiquimula e Izabal han rescatado a jóvenes quinceañeros con apenas 18 libras de peso. Otras fuentes calculan que un millón 600 mil están sin posibilidad de conseguir alimentos y la FAO da cifras más dramáticas: dos millones 200 mil personas. De esa cuenta, 116 municipios se encuentran en estado crítico.

*Plaza Pública*, con datos de World Health Organization, sostiene que Guatemala ocupa el segundo lugar en el mundo con mayor número de víctimas de homicidios en menores de 20 años. También, el drama de los niños de 10 años convertidos en sicarios y que pululan día a día por barrios y avenidas de la ciudad, cumpliendo con su aciago empleo. Frente a esa ceguera no queda

más que recordar los versos de Juan Gelman: “Mundo que somos tu miseria / en un rincón se aguantan las deudas de la gracia”.

Ese diagnóstico es más cruel e injusto cuando también se incorporan otros elementos de juicio. Es decir, la pobreza material produce otra clase de pobreza más difícil de cuantificar pero más dañina en términos de la viabilidad de Guatemala como país: la pobreza espiritual, que se puede medir en los índices de educación, inversión en la cultura, eficiencia y productividad laboral. A ello, y siguiendo con la aritmética del desastre, hay que sumar el deterioro en los procesos de cohesión social, orgullo de pertenencia al país, crisis y precariedad de la identidad colectiva, y la ausencia de pensamiento abstracto en los jóvenes.

Hay que poner en perspectiva la gravedad del asunto. Si partimos de la idea de que una cultura depende enteramente de la encarnación de las ideas, éstas, para producirse, necesitan ciclos virtuosos de educación humanística. Y, para ello, de lecturas que no hacen más que estimular la imaginación y el desarrollo del pensamiento abstracto. La cultura es el último vagón de nuestra fallida modernidad.

Como sea, la defensa a ultranza de lo que marca la ley y su correlato, la prótesis institucional, no derivará en una salida a largo plazo. Quizá, cuando sepamos leer con mayor profundidad –no sólo los conceptos sociales básicos, sino el impacto de más de veinte semanas de movilización– encontremos los sentidos morales para empujar las reformas y normas requeridas.

## **Bibliografía**

“Cepal calcula 70% de pobres en el país”. *Prensalibre.com. Prensa Libre* 27 de enero 2015. (3 de abril 2015).

Gamazo, Carolina, y Villatoro, Daniel. “También los ancianos mueren de hambre”. *Plazapublica.com.gt. Plaza Pública* 3 de junio 2015. (17 de junio 2015).

López, Julie. “Guatemala. La huida no se detiene. Niños y adolescentes migrantes”. *Kaosenlared.net*. *Kaosenlared* 12 de febrero 2015. (3 de abril 2015).

“Pobreza crónica en América Latina: testimonio de Guatemala”. *Bancomundial.org*. *Banco Mundial* 9 de marzo 2015. (3 de abril 2015).

Torres Rivas, Edelberto. “Guatemala 2000: un edificio de cinco pisos”. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* 12 (2008). S.p.

Villatoro, Daniel. “Guatemala, el segundo país del mundo donde mueren más jóvenes por violencia”. *Plazapublica.com.gt*. *Plaza Pública* 11 de noviembre 2014. (3 de abril de 2015).